

**IV Simposio internacional de
Educación, Formación Docente y Práctica Pedagógica**
Universidad Simón Bolívar
Doctorado en Ciencias de la Educación
5 al 7 de Octubre de 2017, Barranquilla

Conferencia

Educar en tiempos de incertidumbre.
*Aportes del pensamiento complejo al diálogo, la convivencia y
la ciudadanía global.*¹

Luis Carrizo, Uruguay

¹ Este trabajo está basado en la Conferencia *Incertitude et vie quotidienne: la construction d'un pouvoir*, ofrecida por el autor en el Congrès Mondial pour la Pensée Complexe, Diciembre 2016, UNESCO, Paris.

*El ser humano porta en sí mismo
un principio de incertidumbre
que es su principio de libertad.*

Edgar Morin²

*La incertidumbre, en su astucia,
llega con una promesa:
las cosas podrían ser de otra manera.*

Helga Nowotny³

*¡Salud a ti, Macbeth, Barón de Glamis!
¡Salud a ti, Macbeth, Barón de Cawdor!
¡Salud a ti, Macbeth, que serás rey!*

William Shakespeare⁴

Este trabajo pretende contribuir a revisar el sentido común instalado alrededor de la noción de “incertidumbre”, explorar cuál puede ser su rol en la generación de transformaciones sociales y en la configuración de nuevas visiones del mundo. A partir de este análisis, se desprende el aporte de la incertidumbre como herramienta clave en la promoción de mejores condiciones de convivencia, comunicación y ciudadanía. Nuestra contribución se plantea como un elogio de la incertidumbre, objeta la “mala prensa” que la acompaña, y subraya su potencial creativo y su rol estratégico en la educación, la política y el conocimiento del siglo XXI.



Cada vez con mayor frecuencia, asistimos al reclamo de seguridades sobre el futuro, en distintos ámbitos de la vida cotidiana: desde la proliferación de autodenominados profetas y adivinos (en América Latina su crecimiento es exponencial) hasta la época de oro de las compañías de seguros, la apasionada búsqueda de eternidad por parte de algunos prospectivistas extremos, hasta la utilización de “big data” con distintos propósitos –incluida la previsión de desastres naturales y gestión de riesgos. En cualquier caso, la seguridad –y sus corolarios: ansias de certezas, hipervalorización de lo tangible y lo cuantificable, el exilio de la duda como método- se ha convertido en un factor protagónico en nuestra actual vida cotidiana.

A esto colabora el paradigma interpretativo dominante, fundado en el racionalismo y en la noción de evolución lineal y acumulativa. Este sistema de ideas, de neto cuño positivista, se encuentra expresado con magnífica eficacia en la famosa frase de Auguste Comte: «*L'amour pour principe et l'ordre pour base; le progres pour but*»⁵. “Orden y progreso”: famosa fórmula expresada desde la bandera de una de las potencias económicas del planeta hasta las aulas del sistema decimonónico de enseñanza que aún hoy pervive. Los ritos de nuestra cotidianidad

² Edgar Morin: *La Méthode 5. L'humanité de l'humanité. L'identité humaine*. Seuil, Paris, 2001.

³ Helga Nowotny: *The cunning of uncertainty*, Polity Press, Cambridge, 2016.

⁴ William Shakespeare: *Macbeth*, Acto I, Escena III.

⁵ Auguste Comte: *Système de politique positive* (1852)

tampoco escapan a este “espíritu de época”: el campo del comportamiento, las derivas de la condición humana, las maneras de instalar pactos de convivencia, la forma como enfrentamos lo imprevisible... signos de la necesidad atávica por predecir y controlar lo que vendrá (en el futuro como lo desconocido, y en el aquí-y-ahora como lo siniestro).

Desde esta perspectiva, la incertidumbre es percibida con auténtico temor, como un riesgo, una amenaza, antesala del caos y, ¿por qué no?, de la propia destrucción o derrota. Por dichas razones deviene, por ejemplo, su aplicación como estrategia comercial o política de uso corriente en los mercados y campañas: la denominada *FUD* (por sus siglas en inglés: *Fear, Uncertainty and Doubt*). A través de distintas técnicas de comunicación -muchas de ellas falaces y carentes de ética- se pretende inocular esos tres poderosos sentimientos a los potenciales clientes o electores de quien sea el competidor comercial o político, manipulando la ruta de decisión hacia los propios productos o candidatos. Sin duda, la incertidumbre (y sus sombras negras, el miedo y la duda) tiene mala prensa en nuestra época, y se encuentra asociada a los peores escenarios y a los protagonistas más temibles.

Por cierto, la incertidumbre como percepción angustiante no surge en la modernidad, aunque cobra nueva fuerza o configuración en épocas de gran desarrollo tecno-científico, con insospechadas consecuencias en el destino global y la vida cotidiana. En efecto, el conocimiento científico, como clásica respuesta a las incógnitas del universo y el tiempo, ha generado a la vez mayor confianza en nuestras posibilidades y, aparente paradoja, mayor convicción sobre los gigantescos límites de nuestro saber y sus peligros. En el alba del nuevo milenio, el Secretario de Ciencia y Tecnología de Suiza, Charles Kleiber, al inaugurar el Congreso Mundial de Transdisciplinariedad en Zurich, expresaba:

“Ningún otro siglo ha sembrado tanta vergüenza, amargura, confusión, interrogantes, esperanza y miedo en los corazones de la humanidad. Nunca el progreso de la ciencia ha levantado tantas promesas y tantas dudas.”⁶

En la misma época, Edgar Morin, el gran humanista, alertaba:

“Estamos en un Titanic planetario, con su cuatrimotor técnico, científico, económico y de beneficios, pero no controlado ética y políticamente.”⁷

Los fantasmas ancestrales de la especie humana, milenarios compañeros de viaje -antaño sólo exorcizados por oráculos, Pitonisa o Sibila- hoy son enfrentados con otras herramientas y modelos de previsión informatizados a través de supercomputadores. Las técnicas han variado, mas no así la percepción de riesgo asociado a la ignorancia sobre el devenir. Desde su miopía cultural, que fractura lo que es un ensamble, el *homo sapiens* se ve jaqueado por el *homo demens*. Así también, la incertidumbre sigue siendo la hija despreciada de la historia humana, vestida de fatalidad abrumadora, en vez de ser reintegrada a la vida cotidiana como futuro a construir, y entretejida -en el ensamble *sapiens/demens*- como utopía.

Ensayemos entonces otra forma de “vivir” la incertidumbre. Ensayemos otra trilogía que no la defina, junto con el miedo y la duda, como la certidumbre del desastre ineludible. Tal como advierte Edgar Morin, “incertidumbre y duda están asociadas: la una llama a la otra y la otra llama a la una”, y recuerda lo señalado por Hegel; “el escepticismo es la energía del espíritu”,

⁶Charles Kleiber, en Klein, Julie T. et al.: *Transdisciplinarity: Joint problem solving among science, technology and society*. Birkhäuser Verlag, Basel, 2001.

⁷ Edgar Morin: *Estamos en un Titanic*, Revista “Observatorio Social”, N° 10, Agosto 2002, Buenos Aires.

ya que ataca los dogmas y las creencias.⁸ Es esta misma duda la que nos previene del riesgo del conocimiento cerrado que se funda en ilusiones. De esta manera, vemos que la duda también fortalece el conocimiento: podemos hermanar esta contradicción de manera dialógica y productiva.

En la vida cotidiana, el sentido común imprime a la vivencia de incertidumbre esa densidad amenazadora de la trilogía inmovilista “incertidumbre-duda-miedo”. Torna invisible, de esta manera, otras perspectivas y otras aperturas de lo incierto y lo impredecible: su potencial de creación, de innovación, de ruptura con la determinación y la tendencia estadística. El escenario que se abre es el de la autonomía-en-la-interdependencia, con alta implicación del ser humano como constructor de sus futuros posibles.



Durante casi un cuarto de siglo he ejercido la profesión de psicólogo clínico, en dispositivos psicoterapéuticos de abordaje individual, de pareja, familiar, grupal e institucional. La experiencia recopilada y sistematizada me ha permitido apreciar el enorme potencial de incidencia (conservador o transformador) que tiene la percepción de incertidumbre en la vida cotidiana de la gente y las organizaciones. Al poner en cuestión los sistemas de conocimiento y de interpretación, es frecuente constatar que las eventuales amenazas que puede traer el futuro no residen en la incertidumbre en sí misma, sino en los errores y las ilusiones de esos mismos sistemas interpretativos y justificativos. Dicho de otro modo: el problema no es tanto el desconocimiento del futuro, ni siquiera la ignorancia como límite, sino los peligros que anidan en una versión limitada, ilusoria y errónea del conocimiento del que se parte.

En nuestra práctica clínica, lo que muchas veces hemos observado es que, frente a este estado de cosas, los seres humanos optan –desde una actitud ubicada en un paradigma simplificador– por respuestas como las siguientes:

- se intenta reducir lo imprevisto a través de una rígida planificación, que resulta siempre insuficiente;
- se produce un repliegue individualista frente a la sensación de “pérdida de control” sobre el otro, singular y generalizado;
- se ve erosionada la confianza básica para incidir en lo que deviene;
- se afianza un sentimiento de nostalgia por un tiempo pasado idealizado;
- se incrementa la burocratización y el vaciamiento de sentido de las prácticas cotidianas;
- se fortalece la *disyunción* como principio operativo: la relación autonomía/dependencia se reduce a uno de sus polos, el bucle orden/desorden/organización genera confusión y retraimiento, etc.;
- se fortifica el pensamiento maniqueo y la irrupción de respuestas violentas e intolerantes frente a las crisis.

Por eso, ya a comienzos de este siglo, en sus famosos *Siete saberes necesarios para la educación del futuro*, solicitados y editados por la UNESCO, Edgar Morin señala un anhelo:

“Si pudiera haber un progreso básico en el siglo XXI sería que ni los hombres ni las mujeres siguieran siendo juguetes inconscientes de sus ideas y de sus propias mentiras. Es un deber importante de la educación armar a cada uno en el combate vital para la lucidez.”⁹

⁸ Edgar Morin, “Enseigner à vivre. Manifeste pour changer l’éducation”, Actes Sud | Play Bac, Paris 2014.

⁹ Edgar Morin, “Los siete saberes necesarios para la educación del futuro”, UNESCO, Paris 2000,

Allí encontramos una solicitud también para nuestro sistema educativo: la necesidad de una reforma educativa, en donde escuela y universidad no solamente enseñen conocimientos, sino (y fundamentalmente) el “conocimiento del conocimiento”: sus debilidades, sus errores, sus ilusiones, sabiendo que sólo es parcial y provisorio.

Sin embargo, por más que decirlo afecte a un espíritu racionalista, esto es estimulante. Se trata de la aventura de aprender a vivir: contextualizar y afrontar los riesgos y las incertidumbres, estando mejor equipados y sabiendo qué queremos. Aunque algunos mitos prevalecen, de todas formas actualmente existen mejores condiciones para afrontar la incertidumbre del futuro, a través de los enormes avances que realizan los sistemas de ciencia, tecnología e innovación. Sin embargo, aún faltan algunos componentes estratégicos y determinantes en este cuadro, desde una perspectiva que sostiene que lo que el futuro traiga con él no es ineluctable y que todavía está por ser construido:

- a) Fortalecer los *fundamentos éticos del pilotaje político, científico y económico*, a nivel global y local.
- b) Promover activamente la *gestión social del conocimiento*, fortaleciendo la ciudadanía activa y comprometida con su destino.
- c) *Educar para la incertidumbre*. Los sistemas educativos del siglo XXI deben proponer – como enseña Morin- el conocimiento del conocimiento, auto-reflexivo y crítico, que conozca de sus errores y de sus ilusiones. En la misma línea valorizamos el aporte de Helga Nowotny, al decir: “Aprender a afrontar la incertidumbre constituye uno de los más preciosos recursos culturales (de una sociedad)”¹⁰

Llegados a este punto, retomamos una inquietante pregunta que plantea Nowotny en el citado trabajo: “¿qué tan buenos somos educando a los jóvenes para la incertidumbre, mientras continuamos entrenando sus competencias para la certidumbre?”. De acuerdo a algunos autores futuristas, como Thomas Frey¹¹, en el año 2030 la mayoría de los actuales empleos habrán desaparecido. Según este y otros analistas, dentro de unas décadas gran parte de los puestos de trabajo que hoy en día conocemos se habrán extinguido y tan sólo pervivirán aquellos que estén relacionados con el conocimiento (preocupación que también comparten organismos internacionales como la OIT o la OCDE). ¿Están preparados nuestros sistemas de educación para aprovechar la incertidumbre como estímulo y oportunidad? ¿Están preparadas nuestras instituciones para conjugar la seguridad del control administrativo y el componente instituido de sus culturas con la necesidad de innovar, generar nuevos conocimientos y diseñar el futuro con otros parámetros que los actuales? Lo que se hace necesario es una revolución paradigmática, una transformación cultural sin precedentes, un nuevo pacto entre conocimiento y sociedad.

Invertir el sentido dominante de la vivencia de “incertidumbre”, pasando del sistema *FUD* al elogio de un reconocimiento positivo, significa mucho para la educación, así como para la cultura social y política de convivencia en lo local y en lo global. Diálogo, convivencia, ciudadanía global, son valores que cada día encuentran mayores desafíos para crecer. Y la calidad de nuestra vinculación imaginaria con la incertidumbre que se conjuga en el futuro es, en nuestra opinión, un factor crítico en nuestro arsenal de recursos psicosociales para vivir el siglo XXI.

♦

¹⁰ Helga Nowotny: *The cunning of uncertainty*, Polity Press, Cambridge, 2016.

¹¹ Thomas Frey, en su blog www.futuristspeaker.com

Si bien el futuro es incertidumbre, la incertidumbre no es oscuridad. Podemos augurar escenarios posibles (y quizás probables) con la conciencia de los límites, las armas del conocimiento y la inteligencia de la estrategia. El pensamiento ecológico –que contextualiza y anticipa– sabe que ninguna acción está segura de cumplir, en el filo del destino, con su intención original. Por eso la denominada “ecología de la acción” llama a responsabilidad y se abre a la ética del futuro en el hacer de hoy, tanto como a la ética de lo colectivo en el hacer individual. Sabe que no puede anular la incertidumbre, sabe que no puede prever las mil resonancias de una acción... y sabe que debe apoyarse en su conocimiento provisorio para jugar la estrategia de apostar a lo desconocido. Morin pinta el paisaje de esa apuesta: *la navegación, en un océano de incertidumbres, a través de archipiélagos de certezas*.¹²

Y, por su parte, Nowotny apuesta: “*La incertidumbre viene con una promesa: las cosas podrían ser de otra manera*.”¹³

El pensar desde la complejidad, valorando su tejido de tantas hebras y colores, nos previene de reducir nuestra concepción de futuro. Nos alerta de los riesgos de la acción, pero nos invita a la acción. Nos propone aceptar la incertidumbre, amando la promesa y afrontando sus peligros. Nos ayuda a construir la dialógica entre el delirio de la utopía y la racionalidad del mapa, entre la estructura del programa y la dinámica de la estrategia. Nos convoca a conjugar los tiempos del futuro, asociando –sin confundir– y distinguiendo –sin divorciar– nuestra memoria de ayer con la decisión de hoy y la proyección de mañana, en un precipitado siempre definido en presente.¹⁴

Pensar la incertidumbre desde la complejidad es una estrategia, una estrategia de futuro, conservadora y cambiante, intelectualmente planificada y, con certeza, apasionante.

Sobre el autor

Luis Carrizo es Psicólogo, especializado en Psicología Social. Magister en Desarrollo Regional y Local. Con estudios de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Sorbonne-Nouvelle Paris 3 y Universidad de Buenos Aires. Miembro de APC (Association pour la Pensée Complexe) desde 1998.

Actualmente se desempeña como Consultor en la Oficina Regional de Ciencias de UNESCO para América Latina y el Caribe. Fue Vicerrector Académico del Centro Latinoamericano de Economía Humana | CLAEH (2006-2010) y Coordinador de su Unidad de Investigación y Políticas Públicas. Entre 2010 y 2014 se desempeñó como Coordinador del Centro de Estudios e Investigación en Administración Pública (CEIAP, Escuela Nacional de Administración Pública). Consultor y asesor de diversos organismos internacionales (UNESCO, UNFPA, OEA, BID, OEI, SEGIB, CLAD).

Entre sus publicaciones, destacan “Una nueva estrategia de gobernanza local. La Intermunicipalidad en América Latina” (URB-AL III, 2012), “Cohesión social en Uruguay: Claves para el diseño y la gestión de políticas públicas” (CLAEH-SEGIB, 2012), “Una experiencia innovadora de profesionalización de la Administración Pública” (ENAP/ONSC, 2011), “Gestión social del desarrollo y lucha contra la pobreza” (UNESCO/CLAEH/CAF, 2007), “Desarrollo Local y Gobernanza” (UNESCO/CLAEH/CAF, 2006), “Transdisciplinariedad y Complejidad en el Análisis Social” (UNESCO, 2004), “Tolerancia y Democracia Cotidiana” (UNESCO, 1996).

Correo-e: luis.carrizo54@gmail.com

¹² Edgar Morin, “Los siete saberes necesarios para la educación del futuro”.

¹³ Helga Nowotny, *op. cit.*

¹⁴ Luis Carrizo, periódico *la diaria*, Montevideo, diciembre 2013.